

par de centenares de hombres conversando en voz baja y produciendo un murmullo suficiente a confundir todos los diálogos: en las hendiduras de las paredes ardian varias teas arrojando á desiguales intervalos una luz turbia y amarillenta al par que una nube de espeso humo dando un color fantástico á los arabescos y estrellas del techo, por donde se precipitaban de vez en cuando violentas columnas de aire que sacudiendo las teas, avivaban por un momento su sinistra llama, y se estrellaban en los ángulos de la cuadra produciendo un mugido sordo y aterrador.

—Amigos; gritó una voz que dominó el ruido de todas las conversaciones y el del viento: amigos, ha llegado el día de la venganza. Basta ya de vergonzoso silencio, basta ya de sufrimientos: tiempo es ya de romper las cadenas que nos han puesto y de arrojarlas á nuestros opresores: bastantes días de opresion y de vergüenza han pesado sobre esta nacion infortunada. Qué humillaciones no nos han hecho sentir? Nos han obligado á abjurar de nuestra creencia, nos han prohibido nuestra lengua, nuestras zambras, nuestros trajes, nuestras ceremonias, nos han arrebatado nuestros hijos, nuestros bienes, nuestros esclavos; ¿y podremos vivir así por mas tiempo? No. Todos los verdaderos creyentes han vuelto los ojos á Dios, y este les ha marcado la senda de salvacion. Muerte y esterminio á nuestros tiranos!

—Muerte! gritron todos.

—Todo contribuye á presagiar un triunfo seguro: las tahas de las Alpujarras y del rio de Almanzora se han declarado ya; contamos con los auxilios de Ochali, rey de Argel, y con 45,000 hombres de pelea se-

gun el último cómputo: (1) además, nuestros enemigos tienen mucho a que atender en estos momentos: las disensiones en Flandes, las guerras con Francia, las desavenencias con Inglaterra, los proyectos sobre Portugal, todo les ocupa en términos, que tienen separada la vista de estos reinos: esta es la ocasión oportuna: alcémonos, y que la rapidez sea la prenda segura de la victoria.

—Si; interrumpió uno de los circunstantes; pero ¿quién nos guiará al triunfo? quién abrazará nuestros intereses de modo que se sacrifique, si es preciso, por sostenerlos? quién nos mandará?

—Descuidad; interrumpió el que primero había hablado: tenemos por jefe a un esclarecido guerrero a quien han reconocido por tal las tabas reunidas en Cádiar. El ilustre descendiente de la sangre del Profeta, el esclarecido hijo de los escelsos Aben-Humeyas, el que era conocido entre los infelices por D. Fernando de Valor ha sido alzado por rey. Yo mismo, amigos, yo mismo he presenciado su exaltación. Hallábanse reunidos los jefes de todas las tabas; Aben-Farax de Granada, el Zagüer de Valor, el Corcuz de Dabas, el Partal de Narila, el Sorri de Andarax, lo mas ilustre

(1) Solicitaron los moros establecer un hospital de leprosos en el barrio de San Lazaro de Granada, y bajo el pretesto de atender a los gastos de su construcción; salieron varios comisionados por todo el reino para hacer el alistamiento de los hombres de guerra con que podían contar: cada familia morisca daba una moneda por cada soldado que ofrecia, y así reunieron 45,000 monedas. —Gines-Perez de Hita.—Guerras civiles de Granada.

en fin de la nacion mora; vistiéronle de púrpura, ciñeronle una faja; tendieron cuatro banderas hácia las cuatro partes del mundo, colocaron en su cabeza una corona, (1) y levantándolo en alto, lo proclamó Aben-Farax. Yo, su delegado en esta ciudad, lo proclamo á mi vez entre vosotros — y sacando una bandera y tremolándola exclamó—Dios ensalce á Mahomet-Aben-Humeya rey de Granada y Córdoba! Viva Aben-Humeya!

—Viva! exclamaron todos los circunstantes.

—Ahora, escuchadme: mañana á la noche en cuanto sean las doce, alzamos el grito de insurreccion: Muley con 400 hombres caerá sobre las tropas de Chancillería, y así que las haya degollado, incendiará aquel edificio: Aben-Habiz con otros 400 levantará el Albaicín: Ismail con 300 se derramará por la ciudad y atacará los puestos de los castellanos; yo, con el grueso de los nuestros, acometeré la Alhambra, y así que háyamos muerto á Mondejar, al presidente Deza y al Inquisidor, así que háyamos sometido á la ciudad, entonces plantaremos el estandarte del profeta en la torre de la Vela, y cuando el sol aparezca por el horizonte alumbrará la señal de nuestro triunfo y la derrota de nuestros enemigos.

—Y quién eres tú, exclamó uno de los que estaban á mas larga distancia del que hablaba, tú que presagias el triunfo? Tú que nos escitas á la venganza? Qué garantía nos ofreces?

(1) La corona que ciñeron á las sieues de Aben-Humeya era de plata sobredorada, y la habian quitado á una imagen de Ntra. Sra.—id. id.

—Quién soy? respondió; y acercándose á una de las teas, la empuñó con una mano interin con la otra separaba el albornoz con que habia tenido cubierta la cabeza; y enseñando unos ojos que despedían llamas, y una frente severa y altanera: miradme, prosiguió, me conocéis?

—El Padre Piquiñote! exclamaron todos.

—El Padre Piquiñote no: Mahomad-Ben-Agib, Alguacil mayor del reino, y Gobernador de Granada.

IV.

—Señor! señor! (gritaba un morisco convertido en medio de la plaza de los aljibes, la mañana siguiente á la noche en que acaecieron los sucesos que acabamos de referir, pugnando por acercarse al Márques de Mondejar que se iba á poner al frente de las tropas que salían para las Alpujarras), señor! un momento de audiencia: escuchadme á solas unos breves momentos pues pende en ello la salvacion de la ciudad y la vuestra.

—Qué me quereis? le preguntó el Márques, que habia mandado hacer alto á sus tropas, luego que lo introdujo en el palacio.

—Esta noche á las doce estalla una horrorosa cons-

piracion en la ciudad; los moros de acuerdo con los de la Alpujarra se van á levantar, y su plan es atacar simultáneamente la Alhambra, la Chancillería y el Albaicin, incendiar aquellos y degollar á todos los cristianos; vos, el Presidente y el Inquisidor sois las principales víctimas que tienen señaladas. Salvaos.

—Y qué os ha impulsado á hacerme esta revelacion?

—El que os debo la vida, señor; y el que soy un verdadero católico á quien no han podido seducir ni los ruegos ni las amenazas de los revoltosos.

—Bien está; dijo Mondejar, y entregando el moro á uno de sus escuderos para que lo tuviera á buen recaudo, salió otra vez á la calle, y montando á caballo se dirigió con sus soldados por la puerta de Biblacha con direccion á la Sierra.

No se le ocultaban al Márques la delicada situación en que se hallaba, ni el riesgo en que estaba la ciudad de convertirse en una horrorosa carnicería; pero guiado por la mas esquisita y previsora prudencia, no manifestó la menor alteracion en las disposiciones que habia adoptado para no llamar la atencion de los revoltosos, y salió como hemos visto al frente de sus tropas; mas no bien hubo llegado á la fortaleza de Alhendin, cuando mandando hacer alto, espidió un peon con instrucciones para el Presidente previniéndole que en cuanto anocheciera volveria á entrar en la ciudad.

Nunca habia presentado Granada un aspecto mas engañoso: los moriscos habian concurrido en número muy crecido á las iglesias á oír el sermón, manifestando el mayor celo en las prácticas de una religion

que detestaban; al propio tiempo que los castellanos, prevenidos ya por el mensaje del Márques, afectaban la mas completa ignorancia de los sucesos que se preparaban, entreteniéndose en tirar á la ballota y en otros juegos militares para adormecer la desconfianza de aquellos; todos procuraban engañarse, y con igual impaciencia aguardaban la llegada de la noche que habia de ser fatal para uno de los dos bandos.

Adelantose por fin, y vióse acercarse á sus cuarteles á los castellanos, al par que los moriscos se retiraban á sus casas preparándose para la sangrienta pelea que se iba á trabar en breves horas. Pero, ¿cuál fué el asombro de los moros al ver iluminarse súbitamente la ciudad con las hogueras y luminarias que se encendieron en todas las plazas y calles, entrar al Marqués de Mondejar al sonido de los atambores y trompetas al frente de sus tercios; destacarlos por todas ellas, y ver que se iban apoderando de los principales conjurados! Conocieron que estaban descubiertos, y no atreviéndose á tentar un movimiento contra las aperecidas tropas, escondiéronse llenos de temor dentro de sus casas, y abandonaron á los que por su mala suerte se habian hecho los jefes de la insurreccion. El Padre Piquiñote fué sorprendido dentro de su cueva y arrastrado á las cárceles de la inquisicion; sin que le valiera la desesperada defensa que hizo: los demas jeques fueron tambien presos y sepultados en los mismos calabozos, y por la mañana, cuando los ilusos moriscos creian ver ondear en la torre de la Vela el pendon de su profeta, vieron con asombro la cabeza del Padre Piquiñote, ó sea de Mahomad-Ben-Hagib, Alguacil mayor del reino y Gobernador de

Granada como él se llamaba, clavada en una escarpia en las orillas del Genil, así como las de los principales fautores de la rebelión. (1)

—Y ahora que están castigados los traidores, marchemos á sostener á los de la Alpujarra; dijo el Marqués despidiéndose de Deza y del inquisidor mayor, y desapareciendo por el camino de Güejar envuelto en una nube de negro polvo.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) El ajusticiamiento del padre Piquiñote fué el primero que se verificó en Granada despues de la conquista.—Paseos por Granada del padre Echeverría.

Hasta fines del siglo pasado permaneció clavada la cabeza de Piquiñote en la escarpia á las inmediaciones del río.

CRISTOBAL COLON

en Granada.

POR

D. Luis de Montes.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

Iluminaba apenas el crepúsculo de la mañana la alta cima de Sierra Nevada el día 2 de Enero del año de 1492, cuando resonó un estrepitoso ruido de atambores, pífanos y trompetas en el campo cristiano que tenía puesto cerco á la ciudad de Granada, único punto que ocupaban á la sazón los Moros arrojados sucesivamente de sus ciudades y villas durante la lucha que por ocho siglos sostuvieron con los reyes de Castilla y de León.

Diez años habia que Fernando V. de Aragon y su esposa Isabel de Castilla habían cercado á la ciudad

musulmana, y después de mil acontecimientos de los que no nos ocuparemos ahora, quedó concertado entre su monarca Abo-Abdelt llamado vulgarmente el Zogoibi (o el desventurado) y los poderosos reyes castellanos, que se les haría la entrega de la hermosa ciudad, y de sus fuertes el día 2 de enero de 1492. Al fin iba á desplegarse el estandarte de la fe sobre los muros en que habia ondeado el del islamismo; y se concluía la encarnizada guerra que tantas vidas habia costado á los dos pueblos.

Ya se iban formando los tercios de peones; al mando de D. Juan Ponce de Leon, ya se adelantaban los mosqueteros conducidos por D. Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, ya avanzaba la caballería á la ordenes del maestro de Calatrava; cuando aparecieron los reyes católicos á la puerta de su tienda en la ciudad de Santa Fé. Llevaba el rey Don Fernando una armadura completa de hierro colado, con filetes y adornos de purísimo oro; su casco con lá visera alzada sobre el que se agitaba una pluma blanca; cubria una hermosa cabeza; de facciones espressiveas, ojos penetrantes; nariz águileña; y boca desdeñosa: su esposa Doña Isabel; cuya deliciosa figura arrebatava por su belleza y por la dulzura de sus miradas, llevaba un traje de seda con castillos bordados de oro; una pequeña coraza de plata con arabescos de oro; un casco de terciopelo con plumas; y una javelina en la mano: estaban rodeados de la flor del ejército; del alcaide de los donceles, del Marqués de Cadiz; el conde de Cabra; de Hernán Pérez del Pulgar, de Fernandez de Córdoba, de Lara, de Hernán do de Talavera; confesor de la Reina, de Toledo pri-

mado de España, de Quintanilla, tesorero de la corona de Castilla, y de multitud de ilustres y esforzados capitanes, y ricos-homes que habian asistido á esta piadosa cruzada con sus lanzas y peones. Detras de la Reina brillaban por su hermosura Doña Leonor de Guzman, Doña Blanca de Toledo, Doña Isabel Carbajal, y otras damas célebres por su linaje y apostura. Presentaron los palafreneros un potro cordobés al rey, el que montó de un salto, y la reina se colocó en una blanca hacanea; todos los de la comitiva montaron tambien, y al grito de D. Fernando «*A Granada Caballeros*» se puso en movimiento el dorado escuadron.

Dirijieronse hácia la ciudad de las mil torres, y al llegar á la márjen izquierda del rio Genil, se encontraron con el monarca Moro que salia á su encuentro rodeado de su familia y de los principales jefes de sus tribus: Abo-Abdheli se apeó del caballo, é hincando la rodilla en tierra presentó las llaves de la ciudad al vencedor; mas el político Fernando bajando tambien de su caballo, le levantó del suelo, y abrazándole afectuosamente le consoló ofreciéndole un territorio en el que pudiese vivir sin echar de menos las comodidades que habia disfrutado: el triste monarca le dió las gracias con una visible conmocion, pero serenándose al punto y volviéndose á sus caballeros «*á Féz*» les dijo y desaparecieron á galope por los llanos de Armilla envueltos en una nube de espeso polvo. Entregó el Rey las llaves al conde de Tendilla y verificó su entrada en la inmensa ciudad por la puerta de *Blacha* ó del Pescado.

Una descarga de mosquetería y el ruido de los vi-

vas y algazaras del ejército cristiano, solemnizaron la entrada de los reyes en el palacio Moro: pero cuando apareció el conde de Tendilla en la torre de la Vela tremolando el rojo estandarte de la fé al grito de: «Granada, Granada, Granada por los poderosos reyes de Castilla y de Leon D. Fernando y Doña Isabel»; se vió el majestuoso espectáculo de un ejército endurecido con los trabajos y con los combates, arrodillarse humildemente y escuchar con relijioso silencio, aquellas májicas palabras que les aseguraban el dominio de la deliciosa ciudad.

En medio de tanto júbilo, cuando todos los cristianos se apresuraban á entrar en Granada, se vió á lo lejos un hombre mal vestido montado en una mula atravesar la vega con direccion á Pinos, y detras un guerrero de los de la comitiva de la Reina, que habiendo conferenciado un momento con ella, le seguia á todo el escape de su caballo.

Seis años antes de los sucesos que acabamos de referir, habia llegado al convento de franciscanos de Santa Maria de la Rábida distante media legua de Palos de Moguer, un extranjero con un niño á pié, y en la mayor miseria, y habia pedido un poco de pan y

agua con que restaurar sus abatidas fuerzas; era un hombre de unos cincuenta años, alto, robusto, de cara larga, color encendido, mejillas prominentes, nariz aguileña, ojos pardos claros y cabellos blancos, y vestía un traje bien miserable y sencillo. Mientras recibía aquellos débiles socorros pasó por la hospedería el guardian del convento fray Juan Perez de Marchena, á quien chocó su fisonomía y su acento, y al conocer que era extranjero entró en conversacion con él, y supo bastantes particularidades de su vida. Este extranjero era Cristobal Colon acompañado de su hijo Diego.

¿De dónde venía?..... Se ignora; pero claramente indicaba su estremada pobreza su modo de viajar.

Marchena era un hombre muy sabio e instruido en todo lo concerniente á la navegacion, y por la conversacion que tuvo con el extranjero, se enteró de la estension de sus proyectos, por los que tomó un visísimo interés.

Veinte años de estudios y de viajes habian revelado á Colon la existencia de otro continente, y en vano habia implorado la jenerosidad de las potencias europeas á fin de que le facilitasen buques y dinero, prometiendo en cambio el descubrimiento de riquísimos paises; pero ni Juan segundo de Portugal, ni Enrique sétimo de Inglaterra, ni Luis once de Francia, ni las repúblicas de Génova y de Venecia, habian dado oído á sus proposiciones considerándolas como sueños ó bien como teorías irrealizables, y el desgraciado Colon rechazado de todas partes, desdeñado, vilipendiado y con una perseverancia que solo dan la

ciencia y la religión, no había desmayado en sus proyectos y venía á ofrecer á los monarcas españoles un nuevo mundo que añadir á las gloriosas conquistas que cada día conseguían sobre los infieles. Convencido el sabio guardian de las teorías de Colón y de la posibilidad de realizarlas, le ofreció recomendarlo á sus amigos de la corte, y en efecto entre otras le dió una carta para Hernando de Talavera, prior del Prado y confesor de la reina, la que le entregó en Córdoba, ciudad en donde estaban los reyes; pero aquel considerando la empresa como descabellada, miró con desden y apenas hizo caso de sus proposiciones. Además era imposible en aquellas circunstancias esperar subsidios de los Reyes católicos, pues empeñados como estaban en la guerra con los moros de Granada, y decididos á arrojarlos de esta ciudad única que poseían, dejaron para mejor tiempo el examen de sus proposiciones, y poco á poco fué olvidado. Verdaderamente que debía encontrar poco apoyo un extranjero pobre, mal vestido y con débiles recomendaciones en medio de la fastuosa corte de Fernando; así es que reducido á la mayor miseria tuvo que dedicarse á hacer globos y á delinear mapas para no morir de hambre; pero la nobleza de sus ademanes y el entusiasmo que brillaba en sus inspirados ojos, le proporcionaron varios amigos entre los que se contaban Alonso de Quintanilla, tesorero por la corona de Castilla, Antonio Geraldini nuncio del Papa, y su hermano Alejandro ayo de uno de los hijos de Fernando 3.^o, los que le recomendaron eficazmente á D. Pedro González de Toledo, Cardenal Arzobispo de Toledo, y primado de España, personaje el mas influ-

yente en la córte, y de quien se decia que era el tercer monarca. D. Pedro cuyo vasto talento comprendió los proyectos de Colon á la primera entrevista, le prometió su apoyo y le presentó en audiencia particular á los Reyes, ante los cuales desenvolvió sus teorías, manifestó el conocimiento que tenia de la existencia de rejiones riquísimas que se proponia descubrir.

Era Fernando demasiado ilustrado para no conocer las inmensas ventajas que resultarían á la monarquía de la certeza y realizacion de los vastos proyectos de Colon; pero comprometido entonces en la guerra con los moros que queria acabar á todo trance, aplazó para otra ocasion el exámen de sus proposiciones y le despidió; mas la reina Isabel llena de un celo ardiente por la propagacion de la fé católica y por el esplendor de la nacion; que habia descubierto en aquel oscuro y pobre extranjero, un alma de fuego, y que habia leído en sus brillantes ojos las palabras «*genio y relijion*» le prometió su amistad y su apoyo, y le obligó con sus dulces y persuasivas palabras á que siguiese la córte hasta que pudiese inclinar á su esposo á que le facilitasen los gastos de la empresa.

En efecto, Colon la siguió por donde quiera que iba, ya á Sevilla, ya á Toledo, ya á Salamanca, ya á la vega de Granada, sin ver llegar el dia en que se realizasen las promesas que le habian hecho: hasta que cansado, aburrido, desesperado, pobre y sin esperanza, se decidió á dejar esta tierra ajitada por tantas y tan continuas guerras, y en la que aunque contaba con ilustres amigos, era objeto de burla y de sarcasmo para la plebe, y para la mayor parte de la córte.

En la madrugada del día 2 de enero de 1492 montó en una mula y sin despedirse mas que de su fiel Quintanilla, salió secretamente de Santafé con dirección al convento de la Rábida con objeto de recoger á su hijo Diego que permanecía allí al lado del buen guardián, y marcharse á Francia; á la misma hora en que Fernando é Isabel se aprestaban á hacer su entrada solemne en la ciudad de Granada despues de diez años de cerco.

III. Magnífico aspecto presentaba la hermosa sala de Comares del palacio árabe de Granada pocas noches despues de la ocupacion de la ciudad por los Reyes católicos; hallabase reunido en ella un gran consejo compuesto de quanto mas célebre habia en España en létras y en armas, presidido por D. Fernando y Doña Isabel, con objeto de discutir detenidamente las proposiciones y teorías de Cristobal Colon, á quien la reina habia mandado un correo para que se presentase en él, el que le alcanzó pasado el fuerte de Moclin.

Magnífica repetimos estaba aquella cuadra enlosada de riquísimos mármoles, cubierta de azulejos formando el mas caprichoso alicantado; bordadas sus pa-

redes de primoroso encaje con fantásticas labores, rodeada de elegantes caracteres cúficos entrelazados con hojas, flores y necsos; apareciendo repetido el mote de «*Solo Dios es vencedor*» en las paredes, en las cenefas, en los arcos de las ventanas, sobre las alacenas, en letras africanas ya de oro, ya de azul, ya de nácar; con aquel techo artesonado de esquisito trabajo con su precioso cupulino, embutido de oro y nácar y maderas de varios colores, formando círculos y coronas y estrellas, reflejando la luz de los suntuosos candelabros colocados en las rinconeras del fantástico salon, como los astros reflejan la luz del sol; y singular contraste presentaba ademas aquella habitacion en que aparecia todo el lujo y voluptuosidad de la corte de Abo-Abdheli, con la apostura y trajes de los que la ocupaban en aquella noche; aquellos hombres cubiertos de hierro acostumbrados á las privaciones de la vida del soldado; aquellos prelados y religiosos del ejército con sus severos trajes eclesiásticos, ocupaban mullidos almohadones de damasco carmesí con flecos y borlas de oro y aljófara; y respiraban el suave perfume de las resinas de Arabia quemadas en braseros de oro filigranado.

Ocupaban el trono los Reyes, y se estendian á los lados los hombres mas eminentes en ciencias, religion y armas: allí estaban los esforzados capitanes que contribuyeron á la conquista con sus inclitas hazañas, los Obispos Toledo, Talavera y Fonseca, los teólogos del ejército, y cuanto mas florido encerraban las cortes de Aragon y de Castilla.

Cuando se presentó Colon conducido por Quintanilla y Santangel se oyó un murmullo que se contu-

vo al momento con una mirada de la reina; en efecto debía chocar á algunos la presencia de un hombre oscuro y vestido pobremente en medio de aquella imponente asamblea, y con la pretension de tamaño descubrimiento: pero sostenido Cristobal por la religion, y por el convencimiento de su teoría, espuso de un modo preciso, claro y terminante las razones en que se apoyaba para creer la existencia de un nuevo continente mas allá del Atlántico.

Grave oposicion sufrió: en vano Colon apuró todas las razones que la ciencia pudo inspirarle, hasta que conociendo que era ya una oposicion calculada la que se le hacia, su carácter ardiente se exaltó, y lanzándose en el mismo terreno que habian adoptado para combatirle, desenvolvió aquellos textos magníficos de la escritura, aquellas misteriosas predicciones de los profetas que en sus momentos de entusiasmo miraba como tipos y símbolos del sublime descubrimiento que proponia. Entonces no era un hombre vulgar, sus inspirados ojos brillaban con la llama de la religion y de la ciencia, su gallarda figura y sus ademanes revelaban su profunda conviccion, de modo que arrastrando á toda la asamblea, la hizo ver la certeza de cuanto esponia.

Solo Fernando vacilaba, y aun se negaba á facilitar los gastos de la empresa, pero la grande Isabel, la sublime y católica reina cuyo entusiasmo habia llegado á su colmo, se levantó y dijo con voz fuerte y decidida: *«si Aragon no acepta esta empresa, yo me obligo á ella por la corona de Castilla; Colon cuenta con mis joyas para sus gastos.»* Mil vivas ardientes resonaron en la inmensa sala, y ya no hubo quien

ovacilase. Colon se acercó á la reina y la besó la mano con los ojos bañados en lágrimas de entusiasmo, y al volverse á su sitio exclamó con voz segura, y con el acento de la confianza, poniendo la mano en la empuñadura de su espada «*Reina de Castilla, á Dios, juro por mi honor que te han de llamar tambien reina de un nuevo mundo.*»

En el mes de Julio de 1492, el Rey y la Reina, por un decreto, mandaron que se diese un premio de diez mil maravedís á quien descubriera un nuevo mundo. Este premio se dio á Colon, por haber descubierto el Nuevo Mundo. En el mes de Agosto de 1492, el Rey y la Reina, por un decreto, mandaron que se diese un premio de diez mil maravedís á quien descubriera un nuevo mundo. Este premio se dio á Colon, por haber descubierto el Nuevo Mundo.

Ocho meses despues, el dia 3 de agosto de aquel mismo año, Colon se hizo á la vela partiendo de la barra de Saltes en frente de Huelva, montando la carabela *Santa María*, acompañado de Martin Alonso, y de Vicente Yañez Pinzon que mandaban la *Pinta* y la *Niña*: sesenta y nueve dias despues de su salida de España el 12 de Octubre de dicho año, descubrió el Nuevo Mundo, y al par que acrecentó el poderío y riquezas de esta nacion con tan preciosos descubrimientos, se ciño una corona de inmortalidad y rodeó su nombre de una aureola eterna de gloria.

En el mes de Julio de 1492, el Rey y la Reina, por un decreto, mandaron que se diese un premio de diez mil maravedís á quien descubriera un nuevo mundo. Este premio se dio á Colon, por haber descubierto el Nuevo Mundo. En el mes de Agosto de 1492, el Rey y la Reina, por un decreto, mandaron que se diese un premio de diez mil maravedís á quien descubriera un nuevo mundo. Este premio se dio á Colon, por haber descubierto el Nuevo Mundo.

JUNTA DE

generallife

ABEN-HUMEYA,

CUENTO MORISCO.

POR

D. Agustín Saldaña

JUNTA DE ANDALUCÍA

Que linda perspectiva presentaba la espaciosa plaza de la ciudad de Purchena en un día de Setiembre de 1569! Las fachadas de las casas estaban cubiertas de telas de riquísima seda; el empedrado le ocultaba el tomillo, la salvia y la avena; y en el aire resonaban los cánticos más alegres! en medio había un pequeño circo enarenado para que los gladiadores ejecutasen sus juegos; y las ventanas y terrados los ocupaban hermosas y engalanadas moras. La ciudad estaba llena de forasteros venidos a las fiestas de la Alpujarra y rios Dauro, Almería y Bolodny; y por

todas partes un inmenso gentío impedía á cada momento el tránsito. A un extremo de la plaza mandó *Abenhumeya* levantar su trono; y junto á él se colocaron asientos para los capitanes y caballeros mas allegados. Estas fiestas las dispuso el rey para animar á sus vasallos, y bajo el pretexto de celebrar las bodas de su favorito Almozabar.

Apénas doró el sol los altos picos de Sierra-nevada, cuando se oyeron muchos instrumentos de guerra, como añafles, atabates y dulzainas. «El Rey! el Rey!» gritaban de todas partes; y se vió entrar por una de las bocascalles, un hombre jóven montado sobre un blanquísimo caballo. Era de notar la gala y gallardia que ostentaba *Abenhumeya* entre su pequeña corte: su vestido era de seda color carmesí, recamado de oro y plata; y en su pendoncillo se leía este lema en signos arábigos: *Solo Dios es vencedor*. Así que llegó al trono, echó pié á tierra, saludó á sus vasallos, y se sentó para presidir las fiestas.

Al son de los alegres instrumentos empezaron á entrar en la plaza una multitud de moras virgenes vestidas de blanco, entre las cuales descollaba sobre un crecido camello la linda *Almanzora*, hermosa como las auras de Mayo, y que por última vez se hallaba entre las doncellas. Iba adornada con una marlota de damasco blanco bordada de piedras preciosas, oro y plata, un zaragüel de cambray sutilísimo, y borceguí de terciopelo blanco ricamente bordado: llevaba el cabello en trenzas y sortijas oculto casi bajo una sutil gasa que se desprendía de sus sienes ceñidas de una corona de flores. En pos de ella, y entre infinidad de jóvenes, iba *Almozabar*, cuya arrogante figura encan-